



Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas"

TALLERES DE DEBATE EN TORNO A CIUDADES MÁS SEGURAS PARA TOD@S: “LA CIUDAD COMPARTIDA”

Presentación*

El día lunes 23 de octubre de 2006 se llevó a cabo el taller de debate “La ciudad compartida”, a cargo de María Ángeles Durán, Doctora Cum Laude en Ciencias Políticas y Económicas, especialidad en Ciencias Sociales, Universidad Complutense, profesora de investigación en la especialidad de Ciencias Sociales en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y autora del libro *La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso* (Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1998), entre otros. Durán fue la primera directora del Instituto de la Mujer, de la Universidad Autónoma de Madrid, y ha participado en numerosos debates sobre las ciudades y el modo de vivirlas. Sus temas principales de trabajo son la estructura social y la dimensión social de la economía, el espacio y el tiempo. Entre 1998 y 2001 desempeñó el cargo de presidenta de la Federación Española de Sociología. Actualmente es miembro del Comité Ejecutivo de la International Sociological Association (ISA).

Con este taller se dio inicio a un ciclo en el cual se conversará —durante los próximos meses— de temas como las mujeres y el poder, la violencia hacia las mujeres en la ciudad y los guetos urbanos, espacio público y género, la violencia intrafamiliar y la cultura urbana. Este ciclo forma parte de las actividades del Programa Regional "Ciudades Seguras: Violencia contra las mujeres y políticas públicas", que es ejecutado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), Oficina de Brasil y países del Cono Sur, y Oficina Región Andina; y que es financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

* Transcripción realizada por Raúl Morales, y editada por Paulina Matta y Paula Rodríguez, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

Este ciclo se enmarca en la línea de sistematización y producción de conocimiento del Programa, que se propone el fortalecimiento del debate público sobre la seguridad de las mujeres en las ciudades y la generación de propuestas de políticas públicas desde una perspectiva de género.

El taller, dirigido por María Ángeles, y que fue transmitido como videoconferencia a Flacso-Ecuador, se centró en el capítulo 7 de su libro, “El deseo de futuro y los proyectos de cambio”, en el que desarrolla la relación entre los pactos sociales y las constituciones políticas, y la manera en que en ellas se construyen nociones como "hogares", "suelo", "propiedad", "patrimonio", "medio ambiente" y "recursos naturales", como elementos constitutivos de la estructura urbana o del territorio donde se desarrollan relaciones de cooperación o de conflicto entre sujetos individuales o colectivos. Por medio del desmontaje de estos conceptos, la autora advierte que se trata de elaboraciones ideológicas que dan por supuesto y que permiten —o por medio de las cuales se promueven— prácticas discriminatorias hacia grupos sociales o minorías subalternas, como lo son las mujeres y los migrantes.

Participaron en el taller, Moni Pizani, Directora Región Andina de Unifem; Fernando Carrión, Coordinador del Programa de Estudios de la Ciudad de Flacso-Ecuador; Alfredo Rodríguez, investigador de SUR; Olga Segovia, Consultora de la Coordinación del Programa Regional “Ciudades Seguras”, de Unifem; Alejandra Valdés, de Hexagrama Consultoras y Nora Espinoza, quien trabaja en temas relacionados con la tercera edad. Todos ellos conversaron, a partir del texto de Durán, sobre temas como los jóvenes y su derecho a la vivienda, lo público y privado en la ciudad, la construcción de lo colectivo en el debate urbano, la segregación (socioeconómica) y la fragmentación (sociocultural) de la ciudad, la participación paritaria (mujeres y hombres) en los ámbitos de decisión de las políticas de ciudad, los imaginarios urbanos, la exclusión simbólica de la mujer, entre otros. Estos, sin lugar a dudas, fueron aportes significativos para la discusión sobre cómo construir ciudades inclusivas, porque —como lo indica Durán en la última frase de su libro— a quienes viven y aman las ciudades les “toca transformar su realidad para acercarlas al modelo que aspiran para el próximo futuro”.

SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

CONVERSACIÓN

FERNANDO CARRIÓN: Alfredo, te propongo que María Ángeles nos dé una pequeña exposición para motivar el debate; luego sigue Moni, alguien en Santiago y después nosotros.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Perfecto. Comencemos.

MARÍA ÁNGELES DURÁN: Creo que una buena manera de comenzar es la pregunta acerca de por qué empecé a preocuparme por el tema de la ciudad compartida. Mi respuesta es que sencillamente fue porque no compartía —como me hubiera gustado compartir— una sensación de formar parte de la historia de mis ciudades. Me di cuenta de que no conocía todo el espacio de mis ciudades, había gran parte de ellos que me eran ajenos. Me di cuenta de que usaba los espacios de modo muy distinto a otros grupos de la población: usaba un transporte distinto, con un horario distinto, me dedicaba a hacer cosas diferentes.

No me sentía representada, en buena parte, por quienes decían representarme y mis afectos y temores también eran distintos a los de otros colectivos de la población urbana. Eso me llevó a pensar si el modelo de ciudad que me había sido dado a disfrutar era el modelo que realmente yo quería, o si podía aspirar —no sólo a título personal, sino como colectivo— a ciudades distintas.

Mi respuesta fue que si bien gran parte de la ciudad me es ajena, puedo aspirar a una ciudad que me sea más próxima, en la que realmente me sienta más parte de ella.

Hay que buscar entre todas las maneras para que todos consigamos estar mejor en la ciudad en la que vivimos o en la que querríamos vivir, que no siempre es lo mismo.

MONI PIZANI: Buenas tardes. Estoy encantada de estar aquí. Quiero agradecer a Fernando y a Alfredo por la invitación a comentar la obra de María Ángeles Durán.

Mientras María Ángeles hablaba de la forma como utilizamos los espacios, yo me sentía muy identificada con lo que planteaba. Ello, además, en el marco del programa de Unifem “Ciudades seguras para todos y todas”.

Es cierto que las mujeres y los hombres utilizamos de manera diferente los espacios de la ciudad.

Yo le comentaba a Fernando, cuando llegué, que el fin de semana leí el capítulo que me mandó Alfredo; luego leí un artículo que salió en el diario *El País* sobre el tema de la vivienda en España. A partir de estas lecturas, me puse a pensar en que la vivienda también es un tema global. Antes, nosotros pensábamos que era un tema de las minorías y los migrantes, pero dada esta información que recibimos el día de ayer, pareciera que es un problema que está afectando también a la población joven.

Quisiera que me comentaras algo sobre eso, porque esa es una de las ideas que planteas en el libro.

MARÍA ÁNGELES DURÁN: El tema de la vivienda en España actualmente es un problema básico. En los últimos cinco años hemos recibido cuatro millones de inmigrantes. Hasta hace ocho

años, o una cosa así, prácticamente había desaparecido en España el *chabolismo*, las *infraviviendas*. Era uno de los temas en que mejor se notaba el progreso social, junto con la educación.

Los inmigrantes que han llegado están ocupando, como pasa en todo los países que están recibiendo inmigrantes, los empleos peor pagados. Comer es muy sencillo en España, es muy barato, y se puede decir que prácticamente cualquier inmigrante no pasa hambre; o bien, con que trabaje de vez en cuando o con los organismos públicos u organismos filantrópicos, el inmigrante come. Lo que no va a poder es tener vivienda, porque un metro cuadrado en compra —que es lo que hace la mayor parte de las familias españolas—, está costando cerca de seis mil euros, que son como siete mil quinientos dólares. Son siete mil quinientos dólares por un metro cuadrado de vivienda.

Este es un tema complejo. El conjunto de la población no lo ve como un problema, porque como el 84 por ciento es dueño de una vivienda, todo el mundo piensa que se ha hecho rico. Todo el mundo tiene una sensación de euforia colectiva. Antes era una persona más o menos corriente, y ahora dice “me hice millonario”, porque si vende su piso, si vende su apartamento, ya es rico. A veces es cierto individualmente, pero colectivamente no es cierto.

Desde luego, los que no pueden comprarse un piso son los jóvenes, porque los demás, si han acumulado para un piso, si quieren uno más grande, basta con que compren una habitación más —porque pueden vender lo que tenían—; y si quieren ir a un piso más pequeño, les queda un excedente. Pueden reducir una habitación y eso les da para vivir mucho tiempo.

Los jóvenes que no tienen nada acumulado son una pesadilla para todos los gobiernos. Ninguna de las fórmulas que se han buscado hasta ahora ha demostrado ser realmente eficaz. Los gobiernos prometen grandes cosas; luego, en la práctica es muy difícil ejecutarlo, porque es muy costoso construir en España.

Ha habido grandes debates sobre si convenía hacer libre todo el suelo, para que se pudiera edificar. Lo que finalmente se ha hecho es que las grandes compañías —especialmente las financieras— han comprado todo el suelo alrededor de las grandes ciudades, y este se ha encarecido más que nunca. En fin, esta es la situación en España.

También es cierto que la calidad de las viviendas y el tamaño medio han aumentado. Cuando, por ejemplo, la ministra de Vivienda dijo que para los jóvenes se iban a construir pisos de treinta metros, la opinión pública se le ha echado encima, porque qué es eso de hacer pisos de treinta metros nada más. Sin embargo, los inmigrantes están viviendo con diez metros y con menos, porque en un piso de cuarenta, de cincuenta o de sesenta metros, a veces tenemos doce familias, especialmente de rumanos y orientales, que son los que aceptan los estándares más bajos de vivienda.

Junto con lo anterior, ha aparecido lo que se llaman las “camas calientes”, que son hostales que alquilan de ocho a ocho horas. Luego, las *infraviviendas* o las viviendas de apariencia urbana normal, pero que por dentro están realquiladas. Están realquiladas no por dormitorios, sino por camas. También hay lo que había desaparecido hasta estas nuevas oleadas de inmigración, que son ocupaciones de zonas —por ejemplo, en las salidas del ferrocarril o zonas de acueductos y conductos de agua— que están alejadas, que no se ven. Es difícil expulsar a la población de esos lugares, porque no son terrenos de tránsito y no va nadie. Nadie los ve, son

invisibles en la práctica; pero hay ahora campamentos de euralita y de materiales de derribo que tienen kilómetros de largo. Esto es nuevo.

Junto con el florecimiento de edificios de cristal maravillosos, de torres de cien metros de altura, está apareciendo este nuevo fenómeno de desigualdad social.

Puesto que hablamos de mujeres, quería decir algo que también es muy interesante. Hay, a nivel social, una polémica fuerte, porque hasta ahora los jueces dan la custodia de los hijos, en caso de divorcio, a la madre. Eso significa que la madre se queda con el piso común. Esto motiva una resistencia muy fuerte por parte de un movimiento organizado de varones, que exige que no se les discrimine, que los jueces no fallen a favor de que la mujer, quien se queda con el piso, cuando es de ambos.

Así, también hay muchos matrimonios que, deseando el divorcio, no se divorcian porque se plantean dónde irían a vivir. El piso es esencial.

Hay otra cosa que no puedo dejar de plantear, que me parece muy importante, acerca de alguno de los espacios segregados para las mujeres. En España, en estos momentos, sólo hay un espacio que realmente está segregado para las mujeres, prohibido: es el espacio religioso del altar, siendo las mujeres el principal sostén de la vida religiosa. Es muy contradictorio que en España el último espacio que falte por conseguir sea el espacio religioso del altar.

FERNANDO CARRIÓN: Algo que planteas, que me parece muy interesante, es lo que significa el debate de lo público y lo privado, lo que prácticamente ha desaparecido, porque lo público ha ingresado con mucha fuerza en el espacio privado; pero todavía está el debate de la distinción entre el domicilio y el hogar. Lo que estás planteando es que el jefe de hogar es quien termina de tutor de los hijos. Esta disyuntiva es muy importante para las políticas de vivienda, y sobre todo —de acuerdo con lo que tú planteas—, para el pacto social que significa la constitución.

MARÍA ÁNGELES DURÁN: Sí, así es. Bueno, un cambio importante en España es que actualmente ninguna familia joven puede comprar una vivienda —o incluso alquilarla— si no une el esfuerzo de dos salarios. Esto es nuevo. Tradicionalmente una familia ajustaba su nivel de vida al salario del varón. En estos momentos es simplemente un supuesto social; hay que reunir dos salarios para pagar el coste de una vivienda. Ello significa —evidentemente— un problema, sobre todo para las mujeres en los casos en que hay divorcios o solterías.

Para las mujeres, las solterías suelen verdaderas solterías y los divorcios, de verdad divorcios; mientras que para los varones, casi siempre —legal o no legal— hay una segunda pareja o una pareja previa.

En el caso de que no se haya producido un matrimonio legalizado, la mujer queda en una posición bastante débil si se produce una ruptura: no puede demostrar qué era suyo o qué ha estado contribuyendo a comprar; si no tiene hijos, puede quedar en una situación bastante frágil.

ALFREDO RODRÍGUEZ: ¿Alguien quiere hacer algún comentario?

OLGA SEGOVIA: Yo quería comentar otro tema que hoy día, por la mañana, María Ángeles señaló en la Bienal de Arquitectura, porque me pareció muy importante, muy interesante. Es el tema de ser sujeto en la ciudad, de la transformación de sujetos individuales en sujetos co-

lectivos. Para demandar algo, para exigir algo, para pedir algo, se debe partir por esa conciencia de colectivo. Me gustaría que pudiéramos conversar un poco de eso.

MARÍA ÁNGELES DURÁN: Contesto a lo que dice Olga. Al menos en España, la primera vez que se planteó una reflexión colectiva y sistemática sobre el tema del espacio, fue en la Universidad Autónoma de Madrid hace veinticinco años. Después, hubo otra reunión de la Asociación Nacional de Geógrafos, tres o cuatro años después.

Las reflexiones sólo fueron llevadas a los Colegios de Arquitectos a partir del año 1993. Tengo que decir que ahí hubo individualidades que apostaron por llevar el tema e individualidades que se opusieron absolutamente, incluso denunciaron al presidente del Colegio de Arquitectos de Málaga por haber dicho que las mujeres arquitectas y las mujeres usuarias de arquitectura tenían una posición segregada y con problemas de discriminación. Dijeron que no había ningún problema, que los arquitectos diseñaban igual que las arquitectas; señalaron que todo el mundo, cuando diseñaba, lo hacía pensando en toda la ciudadanía.

Bueno, hubo cierta tensión, cierto conflicto, porque no se reconocía que había conflicto. Sin embargo, el que fue en aquel momento denunciado por llevar temas de género a algo tan serio y tan neutral, con tanto *caché* y *chic* como la arquitectura, ganó la presidencia en las elecciones siguientes de todos los Colegios de Arquitectos de España. Fue una pequeña lucha victoriosa, que le debió de costar en su momento —como también, a lo mejor, cuesta aquí— cierto conflicto con algunos colegas más conservadores, que pensaban que la arquitectura es independiente de cualquier situación conflictiva.

Existen en todas partes movimientos sociales que llevan el tema del urbanismo y del espacio en sus programas de reivindicaciones, en los que señalan que es necesario una mejor relación con el espacio, con mejores dotaciones, etc.

Si bien empezó siendo una rareza en 1993, en el año 2003 ya había en todas las ciudades españolas grandes una Consejería de Mujer, con un programa intersectorial que reclamaba sobre asuntos de utilización del espacio, con un éxito muy desigual, por supuesto —la botella está más vacía que llena—; pero no se parece en nada a la situación de hace veinticinco años, donde no teníamos ni literatura, no nos sentíamos sujeto y nadie reconocía que lo éramos.

MONI PIZANI: Seguramente que Alfredo y Olga te han comentado de un programa que Unifem está implementando con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación. En este Programa se busca trabajar el tema de los espacios públicos para el uso de la mujer y para el respeto de los derechos de las minorías.

Yo creo que en el tema del urbanismo, siempre se había pensado que cuando se construía, se hacía para toda la población; pero con el tiempo se ha ido evidenciando que hay necesidades que son específicas de las mujeres y que tienen que ser tomadas en cuenta en el momento en que se planifica una ciudad o cuando se planifican espacios públicos. En ese sentido, yo pienso que, cómo tú dices, ya desde el año 2003 en muchas ciudades en las que hay Consejerías de la Mujer se está trabajando en el tema de manera intersectorial. Indiscutiblemente creo que falta mucho por hacer todavía en la mayoría de los países, especialmente en América Latina. Por eso es tan importante este programa, porque se trata de crear esos espacios, de fortalecer y lograr que efectivamente las mujeres se sientan seguras en las ciudades, y que puedan disfrutar de esos espacios.

FERNANDO CARRIÓN: Quisiera hacer un comentario sobre el nombre del libro, que me llamó la atención mucho. Me gustó mucho la definición de “ciudad compartida”, porque podría ser interpretado, al menos, desde dos perspectivas interesantes.

Una es la ciudad compartida pensando desde la perspectiva de la ciudad. Tal como se señala en el último párrafo del capítulo sexto, aquí hay la posibilidad de pensar en una ciudad compartida y en una excluyente; una ciudad íntegra y una que expulsa.

En el caso de América Latina —no sé como será en el caso europeo, en España—, la segregación ha sido un elemento primordial en toda la estructura urbana. Da la impresión de que, durante este último tiempo, la segregación en las ciudades de América Latina va perdiendo el sentido que antes tenía, en términos de “aquí viven los ricos, acá los pobres, acá el comercio, acá la producción industrial”; en fin, una relación básicamente a partir de las tesis del urbanismo moderno, de pensar en términos de zonificación, de usos de suelo.

Da la impresión de que estamos entrando en lo que significa la fragmentación urbana. Lo que tenemos hoy día es una especie de constelación de espacios absolutamente discontinuos. En la segregación urbana había cierta continuidad; la unidad de la ciudad provenía del espacio público. En la actualidad, esta ciudad fragmentada ya no tiene articulación en el todo urbano y aparece, prácticamente, como unidades cerradas, autárquicas. En muchos casos, tienen mucho más relación con otras ciudades, de otros países, de otros continentes, que con la propia ciudad. Esto puede ser una veta interesante para el análisis de la ciudad, desde la perspectiva optimista de la ciudad compartida.

La otra es la perspectiva de los imaginarios que se construyen acerca de la ciudad. Aquí, evidentemente hay distintas ópticas, distintas perspectivas de cómo nos imaginamos la ciudad; y, por lo tanto, de cómo la vivimos según ese imaginario. Los sectores de altos ingresos no van a los sectores pobres, porque se construyen un imaginario bastante negativo de ellos. En esto, también se da el caso de los centros históricos, porque el imaginario que se construye de los centros históricos es un imaginario más bien de temor, porque donde hay algo viejo, hay algo oscuro, ahí es donde están los sectores populares. Ese es un imaginario que se construye en el imaginario del temor. Por lo tanto, ese imaginario termina delineando incluso las conductas de la población.

Hay un estudio muy interesante, de Mario Silva, en el que plantea incluso cómo a partir de la televisión se construye el imaginario de Dios; ese imaginario, esa religión, termina delineando las formas de conducta normativas, en cuanto a la moral, en cuanto a la ética, etc.

Creo que esta idea de la ciudad compartida se nos presenta como una visión más bien de futuro, de cara al futuro, de lo que pueda ser la ciudad en esta doble dimensión: de la propia estructura de la ciudad; y por el otro lado, del imaginario. Ahí aparece el tema de la ciudad, del espacio público, de cómo incluso se termina segregando a la población por grupos etarios: hay grupos a los que ciertos espacios públicos no les corresponden, porque fueron diseñados de una manera que no les da cabida; por ejemplo, los niños o la tercera edad. Vemos, también, cómo el espacio público termina expulsando a la mujer por cómo fue diseñado y cómo fue socialmente construido, lo que hace que, justamente, distintos segmentos de la ciudad puedan o no puedan vivir en esa ciudad.

En ese sentido, a propósito del nombre del libro, recuerdo tu primera intervención, cuando hablabas de lo que no compartías, que no te sentías identificada con esta ciudad. Vivías en la

ciudad y, me imagino, montabas una estrategia para poder moverte en los distintos ámbitos que tu ciudad contempla.

MONI PIZANI: Como decía Fernando, sólo leímos un capítulo del libro, pero su lectura fue muy motivante.

Quiero hacer una corta reflexión sobre la distancia entre lo que dicen los marcos legales nacionales e internacionales y cómo viven las sociedades en las ciudades. Yo veo tu capítulo como un aporte a esa reflexión y la realidad que quisiéramos que fuera. Me parece que están muy interesados en estos temas, por lo que tenemos el compromiso y la obligación de pensar en estas ciudades que sean justas y solidarias, donde todos y todas podamos vivir con dignidad.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Podríamos ahora ampliar la conversación. ¿Alguien quiere hacer algún comentario?

ALEJANDRA VALDÉS: Hola, soy Alejandra Valdés. Tengo algunas preguntas con relación a cómo hacemos o cómo se construyen las estrategias para compartir la ciudad; y, en ese sentido, cómo se resuelve el tema de la articulación en términos de lo planteado. Si pensamos en el sujeto “mujeres” que tiene problemas —de antaño— de articulación, ¿cuáles podrían ser sus estrategias para vivir en la ciudad? ¿Cómo se construyen? ¿Qué queremos cuando hablamos de una ciudad compartida?

MARÍA ÁNGELES DURÁN: Yo creo que no hay ninguna receta perfecta. Ojalá hubiera una varita mágica, pero no la hay.

La palabra clave es *organización*, pasar del nivel de lo individual al nivel de una lucha colectiva. Todos los colectivos se tienen que expresar de un modo organizado, porque es la única manera de tener fuerza.

Ahora, ¿qué estrategia concreta usar? Yo creo que están abiertas todas: desde no dar el voto a quien no ofrezca seriamente una contrapartida, hasta decir no. Aprender a decir no es fundamental.

Yo creo que la lucha se lleva en muchos planos. Voy a hablar de uno que aparentemente no tiene mucha importancia, no solemos contar con él: sería la lucha iconográfica. Por ejemplo, yo empecé con una fotografía. Una de las primeras cosas que se me ocurrió, para expresar mi enojo, fue tomar una fotografía del Parlamento español, el que tiene un friso en la entrada, con unas estatuas muy bonitas, todas mujeres, con clámides griegas. No sé si los griegos llevaban clámides, pero bueno, eso que llevaban los griegos. El friso del Parlamento está lleno de mujeres; pero resulta que en aquella época no había mujeres en el Parlamento; lo que había eran mujeres de piedra en la fachada del edificio.

En el lavadero de los cacharros de casa superpuse la fotografía que decía “Congreso de los Diputados”, todo lleno de grandes círculos, con todas las “os” que masculinizaban absolutamente el edificio del Parlamento. Semánticamente hacían patente que era algo masculino en esencia, en gramática y en sintaxis —no sé cómo se dirá eso, pero creo que me entienden perfectamente—: era el “Congreso de los Diputados”. Así yo jugué a manifestar mi enojo, superponiendo las fotografías por donde se sumían todas las porquerías de un sitio, con las “os” del Congreso de los Diputados. Después, fui haciendo cosas grandes y cosas pequeñas. Era una

manera de intentar expresar visualmente aquello que quería decir. Hice muchas cosas como esa, de tomar cosas grandes y cosas pequeñas, mezclarlas, llevarlas a sitios distintos, cambiarles los colores, cambiarles las escalas. Cuando lo vi reflejado iconográficamente, tuve la sensación de que también sería posible reflejarlo socialmente. Fue como un adelanto, era hacer una maqueta que —de alguna manera— cambiaba todos los órdenes; lo que parecía que no podía ser más que así, lo cambiaba. Bueno, esa es una manera posible. Nos toca imaginar, entre todos, las maneras de luchar. Lo siento, no tengo una “receta fácil”.

Yo quería decir otra cosa también: me imagino que tanto en Ecuador como en Chile el negocio de la construcción es uno de los negocios más millonarios y, por lo tanto, la corrupción en la construcción también es una de las más millonarias.

Desde que empecé con estos temas, no voy a ningún sitio que no acabe diciendo “que vayan mujeres a ser ministras de Planificación Urbana, ministras de Construcción, ministras de Vivienda”. Si han de corromperse, que se corrompan en la misma proporción que los hombres; si no están igual de corrompidas, no será una señal de integración. Además, pienso que es más probable que no se corrompan. Allá, por lo menos, hemos tenido la suerte de que han demostrado en general, salvo una rara excepción, bastante sensatez y han sido más honradas que el promedio de nuestros representantes políticos.

Mientras las mujeres sólo estemos en los sitios de hacer donación en los servicios, ese también será un indicador de que las mujeres no estamos —como decimos en España—, donde “se corta el bacalao”. El “bacalao” se corta, en gran parte, donde se mueven miles de millones de pesos, de pesetas, de euros. Así es que no podemos estar ausentes de los centros de decisión, no solamente a nivel político, sino también a nivel privado, donde se mueve el dinero.

OLGA SEGOVIA: Nuestro interés, como programa de Unifem, es poner estos temas; hablar de cómo las mujeres viven las ciudades y cuáles son los fenómenos que están ocurriendo en términos de la seguridad, qué cosas hacer.

Yo quería retomar un poco del tema del Programa de Unifem, del proyecto, de las cosas que queremos hacer.

Cuando Fernando hablaba de los imaginarios, ¿qué significaba eso? ¿Cómo vivimos la ciudad como imagen? Una de las cosas que a mí me parece fundamentales, que es muy interesante para ir desarrollando más en el marco de nuestro trabajo, es el tema del temor en la mujer. Creo que no solamente es interesante ver cuáles son los fenómenos de violencia que están ocurriendo, sino también el temor. El imaginario de lo peligroso, de lo oscuro, de lo diferente, de lo otro, está construyendo un modo de vivir la ciudad en el cual cada vez más nos aislamos más, y cada vez nos vamos retirando más del espacio, no construyendo estas alternativas de mayor trabajo colectivo y de mayor respuesta colectiva.

En ese sentido, me parece fundamental que cuando hablamos de la ciudad compartida, una ciudad que entrega más posibilidades para todos, también pensemos en formas y estrategias para no dejarnos dominar por ese temor o por ese discurso del temor.

A mí me parece muy preocupante el hecho de que uno de los grandes temas hoy día respecto a la ciudad es el de la seguridad. ¿Cómo se enfrenta ese tema? ¿Cómo se enfrenta desde una perspectiva que construya más ciudadanía, más heterogeneidad, más convivencia, y no al revés? O sea, no más “protección”. Si uno mira los debates políticos, los debates técnicos, el ofrecimiento de seguridad es un valor que se tiene en alta consideración. Por ejemplo, Brasilia

es una ciudad muy segura; sin embargo, en las últimas elecciones, en casas extraordinariamente enormes, fortificadas, llenas de muros y de guardias, había letreros de los candidatos a gobernador o a diputado que decían “yo ofrezco seguridad”, “yo ofrezco seguridad de esto”. Ofrecen seguridad de un lugar que no es ciudad, sino de una vivienda, de un espacio.

Yo creo que en el tema del temor, estas acciones de trabajo del Programa de Unifem—como de otras iniciativas—, van abriendo alternativas para una convivencia diferente, para vivir la ciudad con mejor calidad.

MARÍA ÁNGELES DURÁN: A propósito de lo que decía Olga Segovia, quiero decir que no es imprescindible que las ciudades sean cada vez más temibles y con gente más temerosa. Por ejemplo, yo fui educada en España con la idea de que a las diez de la noche todas las mujeres tenían que estar dentro de casa, y casi también los hombres; pero, desde luego, las mujeres teníamos que estar dentro de casa. Era un problema grave si llegabas a casa después de las diez.

Mi imaginario, durante toda mi juventud y niñez, fue que a partir de las diez la ciudad era distinta: era un campo de lobos, un sitio peligroso.

En estos momentos, las mujeres jóvenes españolas vuelven a casa a las seis de la mañana o a las cinco, a las siete o a las nueve. Yo soy madre de mujer joven y de hijos jóvenes, y siento más miedo por ella aunque los más asaltados son los hombres, son quienes reciben muchos más asaltos —aunque no sexuales—. Sufro todavía, no lo he podido resistir. No estoy acostumbrado, mi imaginario de la ciudad es el imaginario en el que me crié y la noche me da miedo. Sin embargo, para las mujeres jóvenes la ciudad es más insegura en términos de denuncias, asaltos, etc., que cuando yo era joven; pero ellas dominan la ciudad con miedo y sin miedo. Ellas dominan la ciudad y, al dominarla y ser capaces de usarla, son más libres y hacen la ciudad mucho más segura.

Entonces, el imaginario del que tú hablabas es muy importante: a mí, de hecho, me da miedo la ciudad. Ayer, por ejemplo, estuve en el hotel y en cuanto atardeció, yo no hubiera salido porque no tenía la sensación de dominar el ambiente. En otras ciudades latinoamericanas, o en otras zonas del mundo, en la noche mi imaginario “me puede”. Bueno, “me puede” eso, y también que soy un poco miope y entonces veo peor de noche. Cuando se es miope es más fácil tropezar en la calle, sin que nadie te empuje.

El imaginario es muy fuerte, o sea, lo peor es tenerle miedo al miedo. Yo creo que eso puede cambiar; creo que puede cambiar no sólo porque exista mejor seguridad o esté mejor pensada la ciudad, sino si nos tomamos la ciudad colectivamente. No uno solo, porque entonces “estás loco”. Si eso se convierte en un movimiento social de ocupación de espacios, automáticamente ese espacio se hace más seguro; mientras que si le tenemos tanto miedo que lo abandonamos, automáticamente ese espacio se hace inseguro. Ahora, como decían esta mañana, en la Bienal de Arquitectura, no hay que olvidar que la mayor parte de las agresiones que reciben las mujeres, las reciben dentro de casa, y de personas de su propio entorno familiar. Eso no lo arregla un urbanista; eso es otro tipo de problemas, que se resuelven de otra manera.

NORA ESPINOZA: La verdad es que antes de esto lo que me interesaba era seguir viendo lo del interior de la ciudad.

Yo siento que aquí en Chile, los arquitectos, los urbanistas, los ingenieros, toda esa gente que construye, no piensa en las personas discapacitadas ni en el adulto mayor. Uno se encuentra

con edificios construidos donde, por ejemplo, un adulto mayor no puede entrar si es discapacitado; no puede entrar por donde lo hace la mayoría de la gente, sino que tiene que entrar por el estacionamiento, y andar mucho más y correr más riesgos para tomar un ascensor y subir hacia su piso. Eso por un lado.

Por otro, si un adulto mayor —o cualquier persona— se muere en su departamento, no pueden subir un ataúd a buscarlo, porque en el ascensor no cabe el ataúd. Por lo tanto, hay muchos casos en los que el ataúd se tiene que poner vertical cuando trasladan al muerto desde su departamento. Como gerontóloga he trabajado el tema desde la sensibilidad de las personas y es muy doloroso, es muy obstaculizador para lo que nosotros queremos ver: un adulto mayor independiente, autónomo.

Esa es mi molestia con los arquitectos y los urbanistas. Yo me pregunto cuándo van a tomar conciencia de que ellos, antes de construir, tienen que asesorarse por otros profesionales.

FERNANDO CARRIÓN: Quiero hacer un par de observaciones sobre lo que hemos estado conversando que me parece que pueden ser interesantes.

La primera, Alfredo probablemente recordará a Jorge Enrique Hardoy cuando nos planteó a todos los investigadores urbanos de América Latina la necesidad de repensar la ciudad. Da la impresión de que el ejercicio que se hizo en aquella época fue muy fructífero, muy interesante. Sin embargo, hoy día ese ejercicio podría ser insuficiente, porque no se trata solamente de pensar la ciudad, sino de tener algunas estrategias para actuar en esa ciudad de una manera distinta. Así como un norteamericano planteó la necesidad de reinventar el gobierno, creo que estamos en el momento también de reinventar la ciudad.

Aquellas definiciones clásicas de la ciudad en oposición al campo, creo que no tienen ya mucho sentido. Aquellas definiciones de ciudad como un lugar denso, heterogéneo, etc., quizás se acercan un poco más; pero definitivamente no podemos ver la ciudad sólo como un lugar exclusivamente de espacios físicos, donde hay infraestructuras, etc.

Creo que hoy estamos en una nueva óptica de la ciudad, por la emergencia de nuevos actores, nuevos sujetos, que están pensando distinto la ciudad, pero que también están actuando de manera diferente en la ciudad.

Retomando lo que señaló María Ángeles, me llama la atención lo de los altares, que son formas de construcción de universos simbólicos donde las relaciones de género se han expresado tanto históricamente como en un momento determinado. Creo que las catedrales, los edificios, son elementos simbólicos que fueron construidos en un momento y que expresan muy claramente los universos simbólicos a los que corresponden. Es muy probable que desde la época en la que fueron construidos no estén presentes en su diseño la perspectiva de la mujer, del niño, de los grupos etarios, de los sectores populares.

Me parece que en la idea de la “ciudad compartida” está la necesidad o un proceso no sólo de repensar, sino también de reinventar esta ciudad.

Mi segunda observación tiene que ver con lo del temor que planteaba Olga.

Yo creo que el temor siempre ha existido históricamente, pero me da la impresión de que empieza a tener un peso cada vez mayor, por lo menos en América Latina, desde hace unos quince años. Aquí creo que es posible identificar algunos factores; por ejemplo, uno tendría que partir señalando que el temor nunca es individual, sino que el temor es una construcción so-

cial; incluso, una construcción cultural. Como decía María Ángeles, el temor uno lo siente en la noche, uno lo siente en la oscuridad, uno lo siente en la soledad, uno lo siente en espacios que no son los propios, etc. Definitivamente son expresiones culturales. De cierta manera, el temor es una construcción social, como todos los imaginarios. El temor es un imaginario porque uno tiene miedo a algo que no se ha producido todavía, pero que se puede producir y que se va a producir contra uno. Entonces, uno construye ese imaginario, que es parte de la realidad. Uno empieza a formar patrones de conducta en respuesta a esos imaginarios.

En América Latina, como digo, desde hace unos quince años o más, lo que tenemos como nuevo en lo que produce este temor, es, por ejemplo, el peso que están teniendo los medios de comunicación en la construcción de estos universos simbólicos.

Muchos estamos trabajando, justamente en este momento, alrededor del tema de la información. Por lo general hay un impulso en el mundo, en América Latina y muchos países, para la construcción de estos famosos “observatorios”; pero, ¿qué ocurre?, esos observatorios —en muchos casos— proveen información para la toma de decisiones políticas que ya están cargadas con un cierto simbolismo. Y por otro lado, esta información se difunde a través de los medios de comunicación, los que procesan a su manera y desde la perspectiva de sus intereses, los que van muy ligados al tema del *rating*, al tema de la “primicia”. Con esos datos que nosotros hemos producido —de fuentes incluso bastante cuestionadas, como probablemente lo son las policías en la mayoría de los países—, se *espectaculariza* la información. Ahí hay un círculo vicioso bastante fuerte. A eso hay que sumar todo el proceso de la privatización de la seguridad en América Latina, que yo veo que es el cambio más importante que se ha producido —en general— en la región. No hay un país en América Latina donde las policías públicas, las policías nacionales, sean numéricamente superiores a las policías privadas. Aparte de eso, está todo el negocio de armas, del karate, de la defensa personal, etc., que han ido construyendo esta percepción de temor.

Creo que en eso también la revista *América Economía* nos ha planteado la necesidad de que las ciudades sean seguras no por las personas, sino por las inversiones. Eso ha generado patrones de conducta y de políticas que han hecho que el temor sea un elemento de inversión pública y privada.

Yo creo que con este conjunto de elementos que han surgido de este debate, y del capítulo 7 del libro de María Ángeles, estamos llevando adelante esta idea de repensar y reinventar la ciudad, de empezar a vivirla de una manera absolutamente distinta de lo que hacíamos hace algunos años.

ALFREDO RODRÍGUEZ: Bueno, Fernando, yo creo que podemos terminar nuestra videoconferencia. Yo estoy bastante entusiasmado hacia el futuro, porque las imágenes se ven muy bien.

FERNANDO CARRIÓN: Alfredo, María Ángeles, Olga, Alejandra y todos por ahí, yo creo que esta ha sido una actividad que debemos seguir desarrollando, porque es un mecanismo muy interesante de intercambio de conocimientos y debates. Podríamos hacer otras videoconferencias.

Santiago, cuarta semana de noviembre de 2006.